

HUÉRFANOS

La semilla en la nieve es un gran texto, Ángel, que tal vez tu muerte, por prematura, por repentina, ha transformado en un testimonio definitivo del más hondo conocimiento: el premonitorio. Un canto inspirado, amigo.

Duele el frío que late en él. Duele la vida que se enfrenta a la nada absoluta. Nos quemamos las palabras de tanta desnuda transparencia. Duelen, porque, ante la certidumbre de la orfandad y de la desposesión, tú lloras como sólo son capaces de hacerlo los niños ante la fuerza de una crueldad incomprensible que les llega sin culpa y sin sentido, un arañazo gratuito y absurdo, un bofetón injusto por inmerecido, un latigazo en la candidez del alma, cuando en verdad los ojos, desde que nacieron, como los nadadores, tan sólo han braceado a la búsqueda de la alegría y el amor en el aire, la voz dulce, para no caer nunca en los tentáculos de la tristeza y en la ley de la consumación: pozo y olvido. ¿Qué hemos hecho, Dios mío, estos animales sedientos? ¿Por qué has decidido celebrarte tan a escondidas?

Ángel, tu madre sacó de tu mirada ancha otra madre de ti, el parto de la sabiduría, y ahora somos nosotros, por ti, los hijos de tu mejor tú, tus huérfanos, y tenemos que aprender, en medio de esta profunda e indefensa interrogación sin ti, a buscar la semilla en la nieve de tu partida, tu ropa guardada. Ahora tú eres la otra encarnación de tu madre (la del poema) para tantos como te quisimos en las horas jubilosas del tacto, tantos amigos, tantos lectores, a los que tu palabra despojada hasta la inocencia es siquiera este refugio bendito de la memoria. Un consuelo, una esperanza. Escribiste el canto más dócil del reconocimiento (ser de criaturas infinitas aunque mortales), y hemos de aprender a vivir la paradoja de una especie misteriosa de resurrección en el abismo de la masedumbre. Aprender a respirar la bondad inoculada de nuestro ser de madre, a alcanzar la trascendencia en el calor de las pequeñas cosas: un puñado de libros, unas gotas de aceite, las cervezas, el café.

Y ahora te veo un mediodía de Zafra, con Álvaro y Josemari, pidiendo un vaso de vino blanco con tu cuerpo de gigantón y tu sonrisa protectora que me acariciaba, me daba la confianza, como una mano invisible con la que guiarme en mis primeros pasos adolescentes, tan trémulas las palabras. Las palabras bajitas, desvalidas, acomplexadas: qué era aquella ternura que me llegaba a chorros desde tus ojos claros, los dos huérfanos ya de padre, los dos ya para siempre habitantes del cuenco de tu generosidad para alumbrarnos a la poesía. ¿Qué voy a hacer sin ti, mi querido Ángel?

Detrás de los cristales de la ventana, todavía oigo y me viene el poder de tu voz en el brindis de Zafra, celebrando, con las risas por la actitud insólita del camarero (que quería servirte a la fuerza una copa de vino tinto, y tú lo mirabas), la alta temperatura de la amistad y el poema, siento el aire de nuestro primer encuentro, pesan las nubes azules sobre los tejados aún húmedos de las casas. Y releo el final de *La semilla en la nieve*, y entonces tu mirada arde y arde la tierra, arden las lágrimas, nos iluminas, y, en efecto, tu palabra caliente hace brotar la sangre en el centro acordado y limpio de nuestro corazón.

No, no me resigno a la asfixia del frío, del absurdo y de la ceguera, a la única y engañosa derrota de la podredumbre. Mientras pueda pensarte no habrá olvido, Ángel, y, aunque hoy se haya arracimado toda la fealdad de noviembre, esta mañana huele a mañana clara de abril, apuremos las copas.

Cierro lentamente tu libro y lo acaricio. Te escucho. Amigo: Sólo vives ahora la vida de otro modo. Esta es la misma luz de otra manera.

Luciano Feria